

CHILE: UNA ESPERANZA APLASTADA

Allende ha muerto. La metralla se ha llevado a multitud de luchadores. El brutal derrocamiento de un régimen elegido por el pueblo, el fusilamiento de numerosos obreros, estudiantes y defensores del socialismo ha sacudido al mundo entero con desusada amplitud y profundidad. Todo hecho masivo de sangre conmueve, pero éste es un caso especial. La mañana del trágico martes 11 todas las conciencias humanas sentimos que con las víctimas chilenas caían los reducidos de nuestra esperanza.

En Chile, y por medio de los protagonistas de esta singular experiencia, la Humanidad entera apostó a favor de una nueva vida contra sí misma, contra su propia experiencia de un pasado brutal de injusticia y opresión. Allí lo mejor de nuestro espíritu se lanzó hace tres años contra nuestro propio pesimismo, contra los ortodoxos de la derecha y de la izquierda propietarios de la razón del pasado que defiende la imposibilidad de un socialismo humano, que afirma contradictorio un socialismo con crítica interna y sin totalitarismo de partido y comisarios. Allende jugó todo contra esta especie de fatalidad histórica donde la dominación y la brutalidad han triunfado siempre contra la razón, la justicia y la paz fraternal. Por eso la experiencia chilena llevaba en sus entrañas temblorosas el peso de toda la historia concentrada en este ocaso del siglo XX. Y abortó trágicamente. La brutalidad impulsada por el egoísmo y el poder de los dominadores de siempre, por los enemigos de la esperanza humana, que acechan los caminos de la historia, poblaron de plomo el cielo hasta asfixiar el ideal humano. Por eso la Humanidad está de luto en sus hombres, en su corazón más humano, más cristiano, más divino.

No faltarán quienes nos tachen de ingenuos. Pero no. Sabemos que no sólo los enemigos de siempre destruyeron este camino, asesinaron a Allende y helaron el fuego obrero. Reconocemos que los errores, las incapacidades, las ingenuidades, los sectarismos y los viejos tributos a ideologías dogmatizadas contribuyeron también a su estrangulamiento. Este es el signo de lo humano: lo más grande lo llevamos en frágiles vasos, en corazones quebradizos y en talentos opacos. Ello no excusa la acción de quienes ponen el poder, el dinero, la seguridad, el orden, la dominación por encima de millones de trabajadores que llevan en sus ojos la luz de un amanecer sin explotación que nunca antes han visto.

En esta hora de verdad, de verdad sangrienta, se han desenmascarado, junto con los destructores de siempre, aquellos, que entre nosotros, tras largo cacarear el rechazo de la violencia por antievangélica, acogieron con mal disimulado agrado esta apoteosis de sangre inútil, injusta e incapaz de abrir un futuro para Chile. Sorpresivamente hemos visto enmudecer a los eternos y empalagosos adoradores de la "institucionalidad" y "el orden constitucional". Les faltó voz en la garganta para denunciar este atropello contra las instituciones y el gobierno elegido. Así han dejado ver que ellos nunca han defendido la ley, sino

el poder y el privilegio que ella, como sepulcro blanqueado, oculta. Los defensores de la "libre empresa" y de la "democracia" arrojaron las palabras prestadas para hablar su propio lenguaje, el del terror totalitario y del exterminio de las ideas y vidas ajenas. Por último, los traficantes de la política, los expertos en el manejo de la esperanza de los pueblos, del grito de liberación de los desposeídos, especialistas en la manipulación de la palabra revolución y hasta en la elaboración de programas como carnada, lejos de defender al pueblo, han aparecido como fantasmas nocturnos aliados a los violadores de la historia.

La Humanidad está de luto. Allende ha muerto como símbolo de lucha de quienes creemos en el hombre libre y fraternal. Fue el primero de miles que no, por desconocidos, son menos importantes y heroicos. Ellos demostraron que sólo se posee como verdad de vida aquello por lo que se está dispuesto a morir.

Con ellos, por un momento, pareció morir nuestra esperanza, pareció sucumbir ante quienes afirman que debemos abrazar el capitalismo degradante pues sólo la violencia y el totalitarismo inhumano, pueden destruirlo sin saber como va a ser sustituido el nuevo Leviatán. Pero estamos equivocados, la esperanza no muere. Mil veces ha sido pisoteada, perseguida y erradicada de las canciones de los hombres, pero ha surgido con nueva fuerza desde el fondo del corazón donde el hombre es más grande que él mismo. El último hombre, el último Caín pudiera eliminar el resto de la Humanidad y... todavía esa esperanza estaría viva en él, a pesar de él mismo.

En esta hora de doloroso pesimismo de la Humanidad se nos hace presente la palabra de Aquel cuyo trágico final fue nuestro comienzo, el comienzo de la semilla cristiana que ni la persecución, ni la corrupción han logrado exterminar: "No temáis —decía— a los que matan el cuerpo temed más bien a los que matan el espíritu", la esperanza, la fe que da fuerzas para construir un mundo nuevo. Quienes mataron el cuerpo de los luchadores chilenos prendieron nueva fe en nuestro espíritu. ¡ Hermanos, descansen en paz! les decimos. Millones de oprimidos, legiones de jóvenes tomarán esa bandera que afirma obstinadamente que es posible un mundo socialista humano distinto del corrupto capitalismo y del totalitarismo que aplastó a Checoslovaquia hace cinco años. La lucha sigue porque el hombre no puede dejar de dar sentido a su historia y a su vida.